



América del Sur: vista tomada en el Arroyo del Hueso.

EL RIO DE LA PLATA. (1)

(República oriental del Uruguay.)

El río de la Plata es, después del de las Amazonas, el que parece destinado en la América del Sur, á ser el agente más poderoso de civilización para aquella parte del mundo. Lo primero que llama la atención, es la aridez de sus riberas desnudas de vegetación y reducidas á inmensos are-

nales, sembrados de tal cual arbusto de triste aspecto. Esto es el mismo en una extensión de muchas leguas, y si por casualidad se descubre alguna habitación, es, como la pequeña aldea de Maldonado, oculta entre cerros de arena móvil. La primera población de alguna importancia, es la capital de la República Oriental, que se extiende al norte del río, siguiendo el ramal llamado el Uruguay. Montevideo presenta desde luego un aspecto muy agradable; casas con azoteas, dominadas por elegantes pabellones, una multitud

(1) El artista ha dibujado en este paisaje una escena de la última guerra, que consiste en la sorpresa de una lancha por una guerrilla emboscada.

dé campanarios y cúpulas brillantes, las fachadas de diversos establecimientos públicos y la confusión de colores que produce la agrupación de las fachadas, le dan un aspecto de alegría que sorprende á primera vista. Su puerto es muy frecuentado, y en él reina grande animación, pero se halla expuesto á la violencia de los *pamperos* y *suestadas*, que soplan la mayor parte de las meses del año.

Después de Montevideo, hasta la colonia del Sacramento y las Vacas, pequeñas poblaciones de la república, el aspecto general del país continúa siendo el mismo; territorios arenosos, interrumpidos por algunas praderas; aquí y allá un verdor mas vigoroso y algunos árboles frondosos que indican el curso de un arroyuelo. En el interior de estos arroyos la naturaleza se presenta bajo formas nuevas; las riberas se muestran ricas de vegetación y de vida, á cada sinuosidad se descubren bellas praderas en que apacientan los ganados; por todas partes se elevan bandadas numerosas de aves acuáticas y de loros de rico plumaje, que cruzan á cada instante de un lado á otro.

A medida que se avanza, las orillas se presentan mas escarpadas y estrechas, hasta el punto en que las ramas se atraviesan, los árboles se entazan, y es imposible pasar adelante.

Colonia es digna de mención por la amabilidad de sus habitantes, pero su puerto y sus cercanías no merecen fijar la atención. Avanzando al oeste, se encuentra la isla de Martín García, cuyo puerto, bien abrigado de los vientos del sur, es la escala natural de los buques que se internan por el río de la Plata.

En suma, la República Oriental, cuya población pasa en la actualidad de 300,000 almas, es una vasta soledad; á escepción de una población, Montevideo, no cuenta con otra cosa que con algunas mezquinas villas. Las campiñas pobladas en otros tiempos por numerosas tribus de indios, lo están hoy casi esclusivamente por rebaños de animales salvajes. Este país, en que la naturaleza prodiga tantos tesoros, parece abandonado por el hombre, y es difícil prever la época en que podrá entrar en la vía de prosperidad, á que le hacen acreedor su posición y su hermoso clima.

DESCUBRIMIENTO Y OCUPACION DE LA CALIFORNIA POR LOS ESPAÑOLES, É IDEA QUE ESTOS TUVIERON DE SU PRODUCCION AURIFERA.

Vencedor Hernán Cortés en la metrópoli de las calumnias y asechanzas de sus émulos, triunfó en que acreditó no menor prudencia y grandezza de ánimo que en el someter imperios y debelar ejércitos, volvióse al Nuevo-Mundo para seguir acumulando provincias bajo el cetro español. Estiéndose al norte del entonces llamado imperio mejicano, un dilatado territorio desigual en clima, en producciones y en aspecto: su pobreza mas que lo áspero de sus cordilleras y lo infecundo de sus arenas mantúvose ignorado y sirvió de barrera contra la corrompida civilización azteca y sus crueles ritos. Pareciéndole á Cortés que tras de aquellos bosques y desiertos se abría un nuevo campo á su insaciable deseo de gloria, determinó engolfarse en el mar del Sur que aun no habia reflejado otro pabellón que el español, con dirección al norte, para desembarcar y tomar posesión de aquellos que juzgaba en sus dorados ensueños poderosos estados. Mas la fortuna cansada de minarle le retiró esta vez su favor. Perdidos dos de las tres naves que componian la flota, y cabalmente las que llevaban los bastimentos, acogieronse los españoles á una isla estéril cuyos eriales ni áun les ofrecian agua para apagar la sed. Cortés veia sucumbir cada día valientes soldados y antiguos compañeros bajo el peso de las fatigas y de las enfermedades, no columbraba auxilio de ningún género, y sin embargo lastimábase tanto el volver á Nueva-España sin naves, sin gente, sin tesoros y sin noticia del supuesto imperio, que adoptó una de esas resoluciones que sólo engendran almas de muy elevado temple. Se decidió pues, á proseguir en su empresa hasta llevarla á cabo, ó á que las olas guardasen para siempre el secreto de su desgracia. Su amigo Bernal Díaz del Castillo después de describir el miserable cuadro que presentaba el campamento español en aquella roca inhabitable, añade, que «por no ver Cortés delante de sus ojos tantos males, fué á descubrir á otras tierras, y entonces toparon con la California que es una bahía. Llegó á alarmar la tardanza

de Cortés á su esposa que ya temía hubiese terminado sus dias la furia del mar ó de los bárbaros, como los de tantos otros intrépidos descubridores, y al virrey don Antonio de Mendoza amenazado de un levantamiento de todos los caciques del reino porque creían ya muerto al conquistador: que tal era el imperio que ejercia con ausente este hombre extraordinario sobre aquella nación belicosa que bastábale saber que existia para mantenerse sumisa. Enviaron en su busca á Francisco de Ulloa, el cual le encontró en la bahía de la Paz, y habiéndole hecho presentes las inquietudes y peligros que reclamaban su vuelta, consintió en hacerse á la vela para Nueva-España.

Lejos de desmayar Cortés con los anteriores reveses equipó á su costa otras tres naves que al mando del dicho Ulloa zarparon de Acapulco pocos meses después para reconocer las costas que rodean el golfo que ha llevado el nombre de su insigne descubridor. El éxito de esta expedición, el juicio que del país formaron los españoles y el fruto que de ella sacó su promovedor refiérela el cronista Gomara con esa naturalidad que caracteriza á los primitivos historiadores de Indias. «... Del Guisval, dice, atravesaron á la California en busca de un navío, y de allí tornaron á pasar por aquel mar de Cortés, que otros dicen Bermejo, y siguiendo la costa mas de doscientas leguas hasta do fenescen, que llamaron Ancon de San Andrés por llegar allí su día. Tomó Francisco de Ulloa posesión de aquella tierra por el rey de Castilla en nombre de Fernando Cortés. Está aquel Ancon en 32 grados y aun algo mas.... Hoy por aquella costa muchos volcanes y están los cerros pelados. Es tierra pobre.... Del Ancon de San Andrés, siguiendo la otra costa llegaron á la Californin, doblaron la Punta (el cabo de San Lucas), metiéronse por entre la tierra y unas islas y anduvieron hasta emparejar con el Ancon de San Andrés; nombraron aquella Punta el cabo del Engaño y diera vuelta para la Nueva-España por hallar vientos muy contrarios y acabáseles los bastimentos. Estuvieron en este viaje un año entero y no trajeron nueva de ninguna tierra buena: mas fué el ruido que las naves. Pensaba Fernando Cortés hallar por aquella costa y mar otra Nueva-España, pero no hizo mas de lo que dicho tengo.... Gastó doscientos mil ducados, ea envió muchas mas manos y gente de lo que al principio pensó, y fueron causa como después diremos, que hubiese de tornar á España, tomar enemistad con el virrey don Antonio (de Mendoza, hermano del marqués de Mondéjar), y tener pleito con el rey sobre sus vasallos, pero nunca nadie gastó con tanto ánimo en semejantes empresas.» (Crónica de la Nueva-España, cap. 189.)

A pesar de la ninguna recompensa que hasta entonces habian hallado los exploradores, avivó en ellos el deseo de examinar mejor aquella tierra las exageradas relaciones de unos españoles, que naufragos ó extraviados se habian internado muchas leguas y que después de mil penalidades habian logrado volver á Nueva-España, sobre la riqueza de las perlas que se criaban en sus costas y sobre el poderío de un reino que suponian en lo que después fué provincia de Sonora y Cinaloa, relaciones que confirmaron unos frailes á quienes habia llevado hasta allí su celo por esparcir la semilla evangélica. Quiso Cortés ser jefe de una nueva expedición, honor que le disputaba el virrey Mendoza por creer que se le presentaba ocasion de engrandecerse oscureciendo la gloria del ilustre guerrero de quien en su visible vanidad se juzgaba competidor. Dirimióse la contienda enviando á un tercero, á Francisco Vazquez Coronado, el cual llevó mas de mil hombres y por guías á los frailes ratificadores de las maravillas contadas por los extraviados aventureros. Completo fué el desengaño: en vez de fuertes y pobladas ciudades hallaron miserables aduanas de indios; y en lugar de ricos y florecientes reinos, áridos campos que no les brindaban con ningún género de bastimento. Asaz menguado su número llegaron los infortunados expedicionarios á Mejico en 1542. Impaciente Mendoza por señalarse en su gobierno despañó en este mismo año una lucida flota al mando de Juan Rodríguez Cabrillo, quien registró la costa occidental de la península hasta los 44 grados, dando nombre de *Mendozino* en honor del virrey á uno de los cabos mas avanzados. Aportó á Nueva-España á principios de 1543.

Olivada quedó la California durante casi toda la mitad del siglo XVI y hubiérase sido por mas largo tiempo si Drake y otros temidos corsarios ingleses y holandeses no la hubiesen escogido por guarida. Habiendo sido apresado varias veces por estos piratas el rico galeon de Filipinas, pensó

seriamente nuestro gobierno en formar allí establecimientos. Comitióse este encargo al capitán Sebastian Vizcaíno, hombre de buen juicio, buen soldado y plático en semejantes cosas, según un historiador que debió conocerle. Fué allí en 1590 con una flotilla compuesta de tres buques, recorrió la costa oriental á la entrada del golfo, tromoló en algunos puntos el pendon real y disparó artillería en señal de que tomaba posesion, ceremonia practicada ya por Ulloa. Des-cansó algunos días en el puerto de la Paz, así llamado por las muestras de amistad y afecto con que le recibieron los naturales, que aun hacian memoria de Cortés y conservaban algunas herramientas y utensilios de los que les dejaron los españoles. No obtuvo Vizcaíno igual acogida en otros lugares: victimas muchos de sus soldados de la perfidia de los indios ó de su incontrastable superioridad numérica, y no pocos de las enfermedades que ocasionaba la escasez y mala calidad de las viveres, dió la vuelta á Acapulco dejando registrados algunos buenos puertos y llevando pruebas de que no exageraba la fama en lo que decia de la abundancia de perlas en aquellos mares.

Hacíase sentir cada vez mas la necesidad de un buen fondeadero para que hiciese escala el galeon que venia á Acapulco. Volvió Vizcaíno en 1602 por orden del gobierno á reconocer la costa occidental de California y subiendo á la altura de 47 grados descubrió el excelente puerto de Monterey, que así le llamó en memoria del conde de aquel nombre á la sazón virey. Ofreciendo este puerto mas ventajas que ningun otro de aquella parte para el objeto deseado, tomase el capitán á participar al gobierno de Nueva-España. No debió ir mal á los intereses de Vizcaíno en estas dos expediciones á costa de la real hacienda, pues á poco vino á la corte á solicitar licencia del consejo de Indias para emprender la tercera. El consejo, á quien eran mas visibles los gastos que los resultados de tales expediciones, provechosas por lo comun solamente á quien las dirigia, demoró dar el permiso para esta hasta cerciorarse de su conveniencia por los informes de las autoridades de Méjico, ó por el general Vizcaíno, á quien sobraba corazon para luchar con las borrascas y calmas del mar, dice un historiador, no le tuvo para luchar con las calmas y varios vientos que empujezan y agitan el mar de la corte, y saliendo de ella mal contento se volvió á Nueva-España á buscar un retiro, en que pasar en paz el resto de sus dias. Infundado fué el despecho de Vizcaíno, pues no tardó en seguirle una real cédula dirigida al virey para que le franqueara cuantos recursos necesitase para el tercer viaje. Frustrase este por haberle sorprendido la muerte próximo ya á hacerse á la vela.

Muerto quien mas acaloraba estas empresas, abandonó nuestro gobierno de todo punto la idea de colonizar la California, y durante casi todo el siglo XVII, no volvió á sonar en el consejo de Indias el nombre de este país, sino con motivo de las solicitudes que se hacian por los capitanes de buque ó por especuladores, deslumbrados por la granjeria de las perlas, para que se les permitiera tocar ó recorrer sus costas. En 1615 se dirigió allá el capitán Juan Toribí, y llegó hasta los 30 grados, impidiéndole pasar adelante los nortes y la falta de viveres; volvióse á Acapulco escoltando el galeon. Las muchas perlas de raros tamaños y subidos quilates que presentó en Méjico como una corta muestra de la riqueza que encerraba el mar que bañaba las riberas Californias, causaron allí un efecto comparable al que han producido las nuevas del oro del Sacramento, en algunas ciudades de ambos mundos. Dieron los mejicanos por descubierto un nuevo potosi, y en gran número vinieron pidiendo licencia para ir á explotarle. Obtóvola por su mayor favor ó diligencia Francisco de Ortega, el cual hizo tres viajes en los años de 1632, 33 y 34, á la bahía de la Paz, que era la parte de costa que pasaba por mas abundante en placeres ó criaderos de perlas, trayendo en cada uno buena cantidad de ellas.

Propúsose Ortega persuadir al virey y á la audiencia de la necesidad de poblar por españoles aquel país, y poner guardafuertes que protejeran á los nuevos pobladores é impidiesen establecerse á los extranjeros, que tarde ó temprano atraeria un tan lucrativo ramo de comercio, pero mientras él andaba en estas gestiones, su piloto Esteban Garbónel, velando su codicia con promesas de nuevas investigaciones en el mal conocido golfo, alcanzó la venia para hacer una expedicion, que verificó en 1636, sin otro resultado que el de recoger cuantas perlas pudo. Tan infructuosas para el gobierno como las ya mencionadas, fueron

las demas expediciones á la California, que tuvieron lugar en los años siguientes hasta el de 1683.

Ha transcurrido siglo y medio desde el descubrimiento de la California, y el conocimiento que de aquella tierra tenia el gobierno de la metrópoli, habia adelantado muy poco al que habia dado su descubridor. Los dificultades para su ocupacion, habian crecido con el odio de los indigenas á los europeos, que les maltrataban para robarles las perlas, y desapiadadamente les obligaban á bucear sin descanso, dándoles no pocas veces el espectáculo de sangrientas reventas sobre el reparto del botín. Los exploradores convertian toda su atencion hácia la pesquería de perlas, y nunca se internaban juzgando el interior tan estéril como la costa, y luego volvian diciendo que por mas entradas y registros que habian practicado, no les habia sido posible hallar sitio acomodado para poblar, con lo cual se arraigaba cada vez mas la idea que se tenia de la mala calidad del suelo de California, y se separaba de allí la atencion del gobierno. En fin, era tal la ignorancia en que se estaba respecto de aquel territorio, que no se sabia si era isla ó península. Mas comprendida por el consejo de Indias la importancia que iba tomando aquella region con el tráfico de las perlas, se decidió á hacerla provincia española algo mas que en el nombre. Encomendóse esta obra á Don Isidoro Otondo y Anillon, el cual partió con una armada en 1683, acompañado de varios jesuitas que llevaban por superior al P. Kino, célebre misionero alemán. Desembarcaron en la Paz, y aunque á los naturales no se les vió esta vez muy inclinados á justificar el nombre de su bahía, mostráronse, sin embargo, pacíficos al oír los disparos de los mosquetes y ver sus estragos. Hicieron algunas escursiones los misioneros encontrando cuanto mas se alejaban de la costa, los indios mas afables y el terreno si bien áspero menos ingrato. Permanecieron los españoles en aquella bahía por espacio de tres meses, teniendo alguna vez que hacer uso de las armas para que siguiera la aparente y forzada amistad de los indios; pero alarmados con la tardanza de un buque que habian enviado en busca de bastimentos, reembarcáronse y fueron á proveerse de ellos á la costa de Cinaloa, donde para lograrlo tuvo Otondo que empeñar sus alhajas. Volvieron á California, hallándose unido en la travesía al buque que creian perdido, y dieron fondo en una ensenada á 26 grados y medio que llamaron de San Bruno. Desembarcaron al encontrar el lugar abundante de agua y leña, y á propósito para poblar, y fabricaron una iglesia, en torno de la cual agruparon varias casas. Filosófica y loable costumbre la de los descubridores españoles, elevar ante todo el altar del verdadero Dios y la catedral de la verdad! Residieron en este punto cerca de dos años, pero no habiendo llovido ni una sola vez en todo este tiempo, principiaron á murmurar los soldados y á clamar por la vuelta á Nueva-España. Los misioneros, que con el trabajo que es de suponer, habian conseguido aprender aquella lengua bárbara, hasta poder traducir en ella el catecismo, y que encontraban á los indios muy dispuestos á recibir la fé cristiana, oponiáronse con todas sus fuerzas á los deseos de los soldados; mas prolongáronse la sécula y siendo generales las quejas, consintieron al fin, con harto pesar suyo, en abandonar una tierra que tan copiosos frutos espirituales ofrecia. Incorporóse la flota expedicionaria al galeon de Acapulco, y arribó á esta ciudad á los tres años de haber emprendido el viaje. Costó esta jornada de Otondo á la real hacienda doscientos veinticinco mil pesos.

El gobierno español en aquella desdichada época, con el tesoro agotado, al pueblo miserable y cargándose cada vez mas de atenciones dispendiosas, no dejaba parar dinero alguno en las cosas de ultramar; así es que cuantas expediciones á California se intentaron despues, fracasaron por falta de metálico. Solo una se llevó á cabo en el restante del siglo y eso porque el capitán la Liza á su costa. Fué esta la de Francisco de Tamara en 1693, el cual trajo grandes quejas y reconvenções á los misioneros de parte de los indios, porque no habian vuelto, como segun parece, les habian prometido al despedirse.

Tiempo hacia que andaban gestionando los jesuitas para que se les encomendara la reduccion de la California. Despues de sufrir por mas de veinte años contestaciones negativas, ó de ver eludidas sus pretensiones con nul disimulados subterfugios, otorgóseles al fin el tan ansiado permiso, sujetándoles empero á estas das condiciones: no gastar ni librar contra la real Hacienda, y tomar posesion de las tier-

ras en nombre de S. M. (1). La piedad que edificaba catedrales y monasterios más suntuosos que los palacios de los reyes, vino á proteger la causa de la civilización. Encuéntrase en las listas de los suscritores que contribuyeron para la fundación y sostenimiento de las misiones de la California, particulares, corporaciones y cofradías que dieron diez, quince y veinte mil pesos, y no pocos que además del primer donativo les asignaban una renta anual. Partió el P. Salvatierra en 1697, llevando por toda compañía cinco soldados y un cabo, y desembarcó en la bahía de Loreto, donde fundó la primera misión, la cual, andando el tiempo, creció tanto en población que ha venido á ser la capital de la antigua California.

No seguiremos los pasos del misionero en sus entradas y escursiones por el interior de la desconocida península. Verdadero imitador de la abnegación y constancia de los discípulos del Salvador, renuncia á las comodidades de la vida civilizada por llevar la luz á sus semejantes, y abandona, tal vez para no volverlo á pisar, el suelo que le vio nacer; surca los mares sin sobresalto y arriba á playas inhospitables ó desiertas. Afanoso por distinguir la huella del hombre, se interna por selvas impenetrables y por desiertos de abrasada arena, teniendo por único testigo de sus padecimientos á la naturaleza que se le muestra en toda su imponente y salvaje magestad. Si mueven su lengua las alabanzas del Altísimo, solo responden á sus sagrados cánticos las hojas que agita el viento, las fieras que rugen, ó el torrente que se despena, y cuando se reclina sobre el polvo para aliviar con un ligero sueño sus miembros fatigados, dirige al cielo las plagarías del moribundo, porque no sabe si se arrodillará al otro día para saludar la nueva aurora. Encuentra al fin los seres que buscaba, ingiérase entre ellos, y con inminente riesgo de ser sacrificado trabaja por inculcarles los principios de la fe, hasta que consigne que aquellas frentes indomables se inclinan para recibir el agua que regenera. Entonces se les asocia amoldándose á sus groseras costumbres para suavizarlas, y la misma mano que los bautiza y bendice abre los surcos, arroja la simiente, planta frutales y edifica albergues. El misionero es el padre, el juez, el maestro, el consejero y el médico de la tribu, é instruyendo y consolando consume su ignorada existencia, hasta que el Criador le llama á descansar, y entonces una cruz sin inscripción señala el lugar de su sepulcro.

Esta milicia de la Iglesia, en menos de ocho años adelantó más en la ocupación de California, que en dos siglos los capitanes y aventureros citados. He aquí un fragmento de una carta del P. Salvatierra, dirigida al rey y fechada á 25 de mayo de 1708, dándole cuenta de la extensión del territorio sometido, de la adhesión de los habitantes y del amparo que allí encontraban los naufragos: concluye con un dato que hacen bastante precioso las actuales circunstancias de aquel país. «El estado hoy día de la California consiste, en ser el Rey nuestro señor poseedor de cincuenta leguas de playa desde la bahía de la Concepción, hasta la de Agua-verde, y otras cincuenta leguas de la tierra adentro, ó riñón de la sierra entre los dos mares; y en estas cien leguas de circuito toda la tierra de paz, que toda la andan los padres solos sin escolta de soldados, obedientes los naturales de toda esta circunferencia á la voz de los padres y orden del cabo militar, prontos á tomar las armas á nuestro favor, con mil y doscientos cristianos y otros catecúmenos y gentiles. Además de la tierra reducida ó conquistada hay otras descubiertas solamente, como son tres caminos para la contra costa del poniente, hasta llegar á las mismas playas, y visitadas dos jornadas de dicha playa, por donde viene la Nao de Filipinas.... Es ya la California refugio de españoles derrotados de tempestades del mar del Sur, de modo que dos años há se abrigaron setenta personas, perdidas ya sus embarcaciones, que todas hubieran perecido: y ya empieza á haber buenos usos de minas en el descubierto y abedientado país.»

Entre los grandes proyectos de Alberóni para reconstruir y elevar á la vasta y descuadrada monarquía españo-

(1) Llamamos sobre esto la atención del lector si es de los que creen tan comodamente preponderante el elemento teocrático en aquel infuasto reinado que no tenía otro regulador que su propia voluntad. Todavía le parecerán más estrañas estas repulcas á los deseos de los jesuitas, si considera la privanza de Nihard, y que no pocos de sus muchos confesores que los partidos de la corte ponían y quitaban al rey para que favoreciera sus respectivos intereses, eran jesuitas.

la á la posición que le correspondía, existió, según dicen, el de colonizar la nueva California, que así se llamó á la parte que se estienda al Norte de la península, con objeto de facilitar las comunicaciones con las provincias centrales de la América Septentrional, y dar más actividad é importancia al tráfico con las islas Filipinas, á las que trataba de hacer el emporio del comercio asiático. Desapareció de la escena política Alberóni, y con él sus proyectos de rápido engrandecimiento, casi todos por lo gigantescos irrealizables. Diremos en su honor, ya que algunos han pretendido demostrar que en él corrían parejas la corrupción y la sed de mando, que rechazó la propuesta de cierto mercader de Nueva-España que le ofreció ochenta mil pesos porque le nombrara gobernador de la California, llevando las patrióticas miras que son de suponer, en quien por tal camino llevaba las pretensiones.



— Cristóbal Colon.

En 1719 se dió orden al Virrey de Méjico para que se hiciesen nuevas investigaciones á ver si se hallaba el tan buscado puerto en que habría de hacer escala el galeón de Acapulco. Fueron por tierra desde Loreto á reconocer la bahía de la Magdalena que distaba setenta leguas, el P. Guillen y el capitán Rodríguez Lorenzo con buen número de soldados. Llegaron á ella, habiendo sufrido mucho en la penosa travesía, y la juzgaron bastante capaz y abrigada para anegar buques de gran porte, pero no encontraron en sus alrededores señales de agua dulce, con lo cual todos se volvieron á dar cuenta del inútil reconocimiento. Dos años después se continuó la dirección de una expedición por el golfo al Padre Ugarte. Salió de Loreto en una balandra construida en la misma California y tripulada por indigenas, llevando un inteligente y experimentado piloto, de nombre Guillermo Srafort, que tal vez sería alguno de aquellos irlandeses que arrojados por la miseria de su patria, pasaban á España ó á sus colonias á buscar fortuna. Siguieron la costa oriental hasta la embocadura del río Colorado, sin descubrir canal ni estrecho alguno que comunicara con el mar del Sur, y por lo tanto se cercioraron de que la California era península y no isla como no pocos afirmaban. El derrotero del P. Ugarte sirvió para rectificar el mapa de aquella region, y sus curiosas observaciones vinieron al Consejo de Indias, para quedar sepultadas en el océano de su archivo.

Continuaban los jesuitas estableciendo misiones donde podían conseguir que los naturales abandonaran la vida errante, hábito el más arraigado y difícil de destruir en el salvaje, cuando un acontecimiento funesto vino á malograr

el fruto de largos años de trabajos. Fué esta la sublevación de los indios del Sur, los cuales dieron cruel muerte á dos misioneros y abuyentaron los demas que habia por aquella parte. No paró aquí el desastre, sino que habiendo el año anterior (1734) arribado el galeon al cabo de San Lucas para tomar agua y desembarcar los enfermos, siendo muy bien acogidos por los jesuitas que les dispensaron cuantos socorros estaban á su alcance, determinaron hacer en este lo mismo no teniendo noticia alguna de lo ocurrido; en efecto saltaron en tierra sin prevencion ni temor alguno los españoles, mas los indios que al divisarlos se habian ocultado para que desembarcaran sin recelo, cayeron de improviso y en gran multitud sobre ellos, mataron un buen número y destruyeron el hote en que se habian acercado á la playa. Con las nuevas de tales atentados el virey envió soldados que reprimieran la sublevación y guarnecieran el cabo: pero allí, apartados de la vigilancia de gefes superiores, entregáronse á la codicia y al desorden de tal modo que estuvo á punto de estallar un nuevo levantamiento. Tuvo-se pues por mas acertado retirar el presidio y dejar á los misioneros que por sí gobernarán y se las aviniesen con su ingrato y descarriado rebaño.

Desde los tiempos de Alberoni hasta los de Carbajal no se nota que el gobierno español se acordase de que tenia una provincia llamada California. Mandó en 1744 el segundo de los citados ministros, hombre de no muy largos alcances pero de recta intencion y acendrado patriotismo, que se estableciesen misiones en la Nueva California y que por cuenta de la real hacienda se emplearan dos balandras armadas en recorrer la costa occidental, para acudir á sofocar cualquiera rebelion, perseguir los piratas, escoltar el galeon y coger perlas: sobradas atenciones en verdad para dos balandras. A mediados del siglo el comercio de las perlas llegó á tomar un incremento casi fabuloso, hasta decir que cada quitato de barco de buzos estava arrendado por muchos años en doce mil pesos. En cuanto al conocimiento de la produccion mineral muy poco se habia adelantado. «De minerales no se ha hecho exacta averiguacion, escribia un autor bien informado del estado del país en una obra que se imprimió en Méjico á poco de promediar el siglo pasado, pero segun el parecer de algunos inteligentes, en algunos parages, como en la Sierra Pintada, hay todas las señales de minerales de plata y oro.... No será de extrañar que sean muchos y muy abundantes los mineros en la California, cuando en la costa opuesta, en la provincia de Sonora y Pimeria, son tantos como se sabe, y tan ricos como se vé, entre otros en el Real de Arizona, y como se vió aun mejor por los años de 1730 en el descubrimiento de una montaña de la Pimeria, no lejos de este Real, que á poca diligencia dió tanta plata que admiró á toda la Nueva España, dudándose si era mina ó depósito de tesoros escondidos. Tampoco se han reconocido algunas que parecen valas de otros metales.»

(Se concluirá).

JOSÉ GODOY ALZANTARA.

CRISTOBAL DE MONDRAGON.

(Conclusion).

Amberes defendido por el Escalda, á cuyas márgenes se eleva, era reputada por inespugnable, mayormente cuando tenia la ciudadela, como acontecia en la presente ocasion. Todas estas razones tenian gran peso en la prudencia de Alejandro, y jamás se hubiera resuelto á emprender el sitio contra la opinion de los demas cabos de su ejército; quiso, pues, oírles en consejo: el voto fué casi unánime porque se desistiese de tal idea: solo Mondragon sostuvo lo contrario en un breve razonado discurso en que lució sus vastos conocimientos en el arte de la guerra, acabando por convencer á los que mas oposicion habian mostrado. Acordos ya, ordenaron un plan de sitio tan atrevido y grande como requeria empresa de tamaña consideracion. Un verídico historiador habla de él en los terminos siguientes: «Ahora tengo que referir el más memorable ataque que jamás se habra dado á otra ciudad alguna. Porque nunca con mas operosas molestias se habrán enfrenado los rios, ni los ingenios se armaron con mas osadas invenciones, ni se peleó con gente de guerra que, en mas repetidos asedios hubiese hecho provision de destreza y de cora-

»ge. Aquí se encharon fortalezas sobre los arrebatados rios, se abrieron minas entre las ondas, los rios se llevaron sobre las trincheras, luego las trincheras se plantaron sobre los rios, etc.» Y no se crea que hay nada de hiperbólico en esta descripcion, pues allí se pusieron en práctica, con buen éxito, cuantas invenciones puede sugerir la ambicion de gloria. Amberes se ganó despues de un año de asedio y repetidos choques en que siempre se vió á Mondragon afrontando el primero los peligros. En recompensa de tan buenos servicios le nombró Alejandro gobernador de la ciudadela; pero con expresa condicion de que no se le habia de tener encerrado allí mientras hubiese peligro en otras partes, apues si llegase, decia, á más oídos el ruido de las picas y el sonido de los mosquetes, tenga Vueselencia por cierto que en aquel punto y hora acabará mi gobierno; así que, provea las cosas de modo que pueda yo salir y entrar cada y cuando los lancas de la guerra lo requiriesen.» Escuchadas fueron con gusto sus razones, y despues de acceder á su peticion quedó con el mando de la ciudadela, que fué reparada por hábiles ingenieros. Tambien desempeñó el cargo de gobernador de Gante. No se sabe la época de su vida en que peleando contra los franceses fué hecho prisionero; es lo cierto que habiéndole conducido á Paris, se le encerró en la Bastilla, y cuando mas envaneidos estaban nuestros enemigos de tener á buen recaudo á un hombre que tanto les habia molestado, burló un día la vigilancia de sus guardas y presentose sano y salvo al frente de sus soldados. Era Mondragon hombre de elevada estatura, de una gordura proporcionada, pero no tanto que quitase la agilidad de sus miembros: tenia la nariz aguileña, los ojos grandes y vivos y el rostro afable y hermoso. Espresaba con claridad sus pensamientos, y tenia el don de escoger las palabras mas persuasivas, siempre que hallaba contrarios pareceres para llevar á cabo alguna empresa. Vivió siempre con la mayor estrechez, pues aunque el rey, en recompensa de sus muchos servicios, le hizo merced en 1578 de 800 escudos de renta en el reino de Nápoles, sobre cobrarse mal esta dádiva, se hallaba Mondragon cargado de familia, y eran muchos los gastos que la guerra le ocasionaba. Corria el año de 1591, y á los ruegos de Alejandro Farnesio para que se retirase del servicio, pues la edad de 57 años era le mas á propósito para el descanso, respondia que en el campo habia nacido y en el campo queria morir, y, pues, que jamás habia hecho peticion alguna á sus superiores, le serviria de gran disgusto ver desairada la primera que era segun sirviendo hasta acabar la vida. Cuatro años despues le sorprendió una aguda enfermedad, que iba en breves momentos consumiendo su existencia. No se le ocultaba al esforzado campeón: con faz tranquila y ánimo sereno hizo colocar su lecho frente de una ventana desde donde se divisaba á lo lejos un campamento, y allí, puestos en él sus moribundos ojos y su corazón en Dios, exhaló el último suspiro con sentimiento de todo el ejército que envidiaba sus virtudes y admiraba su valor, siempre presagio de la victoria.

M. J. DIAZ.

PESO DE UN POCO DE PAJA.

LEYENDA PIADOSA.

*El fait lire la vie des saints dans le
même esprit que l'on écrit. - Si la foi n'est
manquait, on se rait des vaines épou-
ques, votre œuvre est trop facile pour
être de bonne compagnie et de bon goût.*

JULES JANIN. - *Failliten de
Journal des Debat.*
29 Juin 1844.

Las cosas santas se deben leer con el
mismo espíritu aunque fueran escritas.
Si se falta la fe, dejad de leerlas, vuestra
ocupacion santa es demasiado facil y
vulgar, para ser de buena compañía y de
buen gusto.

*Non qui sol facit de caris comme
Fregit.*

AVERTISSEMENT DE L'AUTEUR.

Ne tiene el corazón para otorgar
la calera.

Habia un señor, rico y pederoso, que vivia en su casti-
llo, del cual no salia sino para guerrear, asolar los campos
de sus vecinos, saquear los pueblos, y robar á los viajeros.
Era tan malvado y cruel que nada humano habia quedado

en su corazón, sino el amor á su muger, apacible y bella criatura, que pasaba los días y las noches llorando las maldades de su marido, y pidiendo á Dios se las perdonara. En vano su marido la rodeaba de cuantos goces dan el lujo y la riqueza; de nada disfrutaba la humilde señora, nada quería, nada deseaba, sino la conversión de su marido.

En una espantosa noche de invierno en que el cielo desencadenando tempestades, parecía querer acabar con la tierra, estaba sentada la señora delante de una gran chimenea en que ardía una brillante hoguera. El viento mugía entre las torres, cual si le enojara su resistencia; las nubes arrojaban sus aguaceros con ira; los relámpagos atravesaban caprichosamente las tinieblas como espíritus malos: todos los vivientes buscaban un abrigo contra la inclemencia de aquella lúbrica noche; pero el señor del castillo aun no había vuelto de su correría, la angustiada esposa rezaba.

Oyóse llamar á la puerta, y poco despues, un criado entró en la estancia y dijo á su ama, que dos padres religiosos, cansados, casi muertos de frío y de necesidad, perdidos en aquel país agreste pedían ser acogidos en la fortaleza, aunque fuese en el establo. La buena señora se sobrecogió, porque sabía que su marido odiaba á los religiosos, y le era tan sumisa, que ni el bien se atrevía á hacer sin su beneplácito. Pero ¿cómo rehusar á los santos varones una súplica tan humilde?

«El señor no lo sabrá,» dijo el buen criado, que al ver á su señora suspensa adivinó sus pensamientos: «al rayar el día se irán.»

La castellana consintió en ello, encargando al criado que los escondiese bien en la caballeriza.

No bien hubo salido cuando sonó una trompa, y el galo de los caballos, anunció la llegada del señor. A poco rato entró, y despues de haber trocado su armadura teñida en sangre, con un rico vestido de seda forrado de ricas pieles, se sentó con su muger á una mesa profusamente servida de ricos manjares, sobre la cual innumerables bugias blancas, finas, suaves como vírgenes, esparcían su melancólica y pura luz.

La castellana, vicamente prendida con un traje de terciopelo verde bordado de oro y pedrerías, no comía: el resplandor de las luces se reflejaba en los brillantes que cubrían su frente, y en las lágrimas que sorcaban sus mejillas como otro adorno mas, porque era de aquellas con que el corazón hierneosea el rostro.

¿Qué tenéis? Díjale su marido con cariño.

No respondió.

¿Tenéis por mí, en esta noche de espantoso temporal? Pues fuera temores, ya me tenéis aquí sano y salvo, pésele á Satanás.

La hermosa castellana, no respondía y seguía llorando, porque las lágrimas son hermanas bienvenidas, á una sigue otra, en pos de una van mil.

Peró él, á quien su ángel bueno habla guardado en su corazón el amor á su muger, como una áncora de salvación, se afligió de verla llorar, y la dijo:

Contadme, señora, lo que os aflige, y juro por mi barba, enjugar vuestras lágrimas, si está en mi poder hacerlo.

Señor, respondió su muger, lloro, porque mientras aquí disfrutamos de todos los bienes de la vida, otros carecen de lo necesario; porque mientras esa llama se levanta viva y alegre, y nos envía su calor como una caricia, otros tiritan de frío: mientras estos manjares escitan al paladar con sabrosas exhalaciones, otros, señor, tienen hambre... y por eso, se anuda mi garganta y no puedo comer.

Peró, señora, la dijo su marido, ¿quién sabeis que se esté muriendo de frío y de hambre?

Dos pobres religiosos, señor, que me pidieron albergue y que están en la caballeriza.

El marido frunció el ceño.

¿Frailes! dijo, holgazanes, panceístas, petardistas! qué, querían regularse á mis expensas.

No han pedido mas, que un techo y un poco de paja.

El castellano llamó á sus criados.

¡Oh! señor, señor, dijo sollozando la castellana, no los echéis fuera! acordans de vuestra promesa.

Perded cuidado, contestó el marido, comerán, se calentarán y además me servirán de diversion. Ya veréis!

Mandó en seguida á los criados que los trajesen á su presencia.

Dispóse, no obstante, el amargo humor chancero del

castellano, como la fría y opaca niebla que levanta la noche de un pantano á los primeros rayos del sol; cuando se presentaron á su vista los religiosos: por un impulso involuntario se puso en pié, y la impia chuzca que asomaba á sus labios, retrocedió como una serpiente que se encoje y se vuelve á su cueva. Porque ello era, que había en el rostro del mas anciano, en los cabellos blancos que coronaban su vejez, como corona una orla de albas rosas la juventud, en la serenidad de sus ojos, en la gravedad de su boca, una dignidad que señoreaba, una manselumbre que atraía, un poder, capaz de sujetar y conmover un alma corrompida y helada.

Mandólos el señor sentar á la mesa, y guardó silencio por un breve rato. Pero el religioso, fiel á su obligacion, hizo oír la palabra de Dios en aquel lugar de donde había sido desterrada, huyendo al corazón de la castellana como á un santuario. Callaba el señor, y escuchaba mirando á su muger, que con ansiosas miradas y cruzando sus blancas manos, miraba al misionero, como el marino en noche de tormenta mira de hito en hito el faro, que le indica el puerto de salvación, mientras sus labios murmuraban: «bendito es el que escucha!»

Concluida la cena, cogió el castellano una vela y alumbro y llevó, él mismo á sus huéspedes, al mejor aposento del castillo, donde ricas camas doradas con colchones de damasco estaban dispuestas. Mas los religiosos se negaron á dormir en ellas. Diciendo que jamás descansaban sino sobre paja.

Entonces el señor, bajó el mismo á la caballeriza, y volvió cargado de paja y la estendió en el suelo.

Padre, dijo, rompiendo con un generoso esfuerzo el hielo de su corazón, yo quisiera volver á Dios; peró es imposible que el señor me perdone mis iniquidades!

Aunque vuestros pecados, repuso el misionero, escudiesen en número á los granos de arena del mar, á las gotas de agua de las nubes y á las estrellas del cielo, todas las borraria el arrepentimiento y las perdonaria la clemencia de Dios! por eso el pecador endurecido no tiene disculpa, y eso es lo que formará su eterna desesperacion.

Entonces, arrodillandose, confesó sus pecados, mientras que abundantes lágrimas de contrición caían de sus ojos, sobre la paja en la que se había arrodillado.

Cuando el misionero, despues de dar gracias al Señor misericordioso, se quedó dormido, sintióse transportado ante el divino tribunal. La eterna justicia tenia en la mano la balanza que pesa el bien y el mal: una alma iba á ser juzgada: era la del castellano. El espíritu infernal, con insolente triunfo, puso en una de las balanzas el cúmulo de sus iniquidades. Los ángeles buenos se cubrieron la cara con horror y compasion. El alma gimó con dolor. Entonces se acercó el ángel de su guarda, ese ángel tan dulce, tan paciente y tan bello, ese ángel, que nos pone el arrepentimiento en el corazón, las lágrimas en los ojos, la limosna en la mano, el rezó en la boca; traía algunas pajitas mojadas de lágrimas, y las puso en el plato opuesto de la balanza.

El alma se salvó.

Cuando el religioso se levantó á la mañana siguiente, halló al castillo en consternacion. Preguntó la causa.

El castellano había muerto aquella noche.

FERNAN CARRILLERO.

CASAS DE MADERA EN AMÉRICA.

En el interior de los Estados-Únidos, reemplaza la madera á la piedra y al hierro sin que se sigan de ello graves inconvenientes. En las calles de muchas ciudades, está formado el piso por troques ligados transversalmente, ó por tarugos clavados verticalmente á manera de escalas. Muchas arceifes hacen el oficio de caminos de hierro con el auxilio de listones de madera colocados en una armadura transversal. Los malecones son construidos con idéntica sencillez. Se plantan troncos de árboles apenas cuadrados, en un agua bastante profunda para sostener á nado edificios grandes, se los nivela por cima de las mas altas mareas, y se eleva en la interior un terraplen cuya plataforma se compone de un encajonamiento de maderos ó de

tejos á la altura de las calles vecinas. Tales son los malocónes de Nueva-Yorck y de Botors. Tambien es en los Estados-Unidos donde se encuentran los puentes de madera mas atrevidos.

La madera es así mismo la materia principal con que se construyen las casas en lo interior del país. Distinguen se tres modos de construir las casas de madera. El mas sencillo es el de las *loghouses*, mansion ordinaria de los colonos primitivos, que se establecen en los bosques. El colono empieza por derribar un cierto número de árboles, cortándolos de la altura que le conviene, sin cuadrarlos ni aun despojarlos de la corteza.



Los bueyes les sirven para acarrear estos materiales á la inmediacion del lugar que han escogido. Recorre despues las habitaciones mas cercanas invitando á veinte ó treinta colonos para que concurren á ayudarle á construir su casa. En casos como este á nadie le es permitido escusarse á acudir á la invitacion. Reúnense en un dia conveñido, y se ponen manos á la obra bajo la direccion de un gefe. En los ángulos se colocan piedras que sirven de soportas á las vigas que marcan las dos fachadas principales de la casa, y cuyas estremidades sesgadas reciben los tirantes que designan los costados. De esta primera hilada se pasa á la siguiente, taraceando siempre las vigas paralelas en los sesgos de los dos tirantes colocados precedentemente. Para colocar la última hilada, se hacen rodar los troncos de los árboles por estacas que forman un plano inclinado. El techo se construye paralelamente con vigas clavadas por la parte inferior á la última hilada de la muralla, y unidos por lo alto por medio de sesgos que permiten reunir sus estremidades. Entonces se separan, despues de un frugal banquete, quedando al cuidado del propietario al cerrar por sí mismo las aberturas que quedan en cada pared, cubrir el techo con cortezas, de llenar con musgo y tierra arcilla los intervalos de las vigas del exterior, y clavar las tablas por la parte interior.

Concluye la chimenea en lo interior ó fuera, segun la magnitud de la casa, y practican aberturas destinadas á recibir la puerta y las ventanas. Muchas veces suele instalarse en la nueva morada la familia del colono, sin esperar á que se hallen convenientemente cubiertas las aberturas. Las casas de esta especie son ordinariamente aseadas y co-

mudas; pueden durar de 20 á 40 años, quedando de esta suerte á sus propietarios tiempo suficiente para procurarse una habitacion mas conveniente. Entonces es abandonado el *log-house*, siendo muchas veces apresurada por el fuego su destruccion. El viajero que recorre las antiguas colonias, halla muchas veces, en medio de algunos cercados ó de un campo baldío, una columna de piedra gruesamente construida, de unos 20 pies de altura. Es la chimenea de un *log-house* destruido, y del que no ha quedado ninguna otra huella. Tales son las *ruinas* con que se tropieza en los Estados-Unidos.

El segundo método de construccion es el de los *block-houses*, que son formados por maderos cuadrados y colocados por hiladas. Desgraciadamente los maderos inferiores se pudren á los pocos años, y por otra parte, cuando sobreviene una sequedad despues de prolongadas lluvias, se abre la madera en todos sentidos, y se deforman las paredes de la casa. Tal es la razon de que abundan tan poco las de este género.

Las casas mas elegantes se denominan *frame-houses*. Su frágil armadura consiste en cuatro fuertes vigas verticales, colocadas en los cuatro ángulos, y reunidas por travesaños horizontales. Numerosos pies derechos intermediarios terminan estos travesaños; llénanse sus intervalos con latas y yeso, ó bien con un revestimiento de tablas delgadas, claveteadas interior y esteriormente. El techo es de tablas, sostenidas por cábríos de cedro ó de pino. Estas casas, pintadas de blanco, y decoradas con persianas verdes, presentan un aspecto agradable, pero resisten mal al calor y al frío, y á pesar del mayor esmero, no pueden durar mas de medio siglo. En cambio son de tal naturaleza que pueden ser trasportadas enteras de un parage á otro. Acaece tambien en los Estados-Unidos que el propietario que quiere construir una casa nueva en lugar de la que habitaba, se halla dispensado de hacerla derribar, como se le obligaria en Europa: vende su morada antigua á un comprador, que la hace trasportar á donde le conviene. Algunas veces tiene lugar este transporte por otros motivos. Hé aquí un ejemplo tomado del *Penny Magazine* (t. VI):

El propietario de un molino de cuatro pisos, en su altura, y de cincuenta piés de longitud por cuarenta de anchura, quiso hacer trasladar dicho edificio á cien metros de distancia con el fin de tener una caída de agua mas fuerte durante las estaciones secas. Se convino por 100 dólares (2000 reales) con un mecánico, que se obligó á responder de todos los daños. El mecánico hizo construir entre el nuevo parage y el que ocupaba la casa, una via formada por cinco bandos de madera cuadradas, que correspondiesen á las cinco gruesas vigas longitudinales sobre que descansaba el piso del molino. Dicho piso fué quitado con el fin de dejar descubiertos los maderos, que fueron arrancados integros de la tierra con el auxilio de cuñas. Se colocaron debajo de cada tirante cuatro rodillos de madera, de ocho pulgadas de diámetro y cinco piés de longitud; ambas estremidades de los rodillos se hallaban llenas de agujeros, en los cuales podia ser introducida una palanca, como en los cabrestantes. Colocóse un hombre en cada palanca, ó lo que es lo mismo, cuarenta en su totalidad. Al cabo de tres horas de trabajo, la casa, llevada sobre los rodillos, habia atravesado la distancia apeteñida; quitáronse los rodillos por medio de las cuñas que habian servido al principio para introducirlos debajo de las vigas, y hallóse el molino asestado sobre nuevos cimientos, sin que se hubiese arrancado un clavo, ni roto un vidrio. Esta operacion, ejecutada bajo la direccion de un simple obrero, demuestra bien hasta qué grado poseen los americanos el instinto de la mecánica.

FABULAS

TRADUCIDAS DEL ALEMAN.

La Verdad Sospechosa.

Llevaban á enterrar dos granaderos al soldado andalúz Ferrnán Trigueros, embrollan sin igual, que de un balazo

cayó sin menear ni pié ni brazo.

«¡Hola, sepultureros!»

Les dijo un oficial: «murió ese tuno?»

«Murió» contesta de los dos el uno.

Aquí Trigueros en su acuerdo torna,

y oyendo la cuestion, dice con sorna,

«lo que es por la presente,

me figuro que vivo, mi teniente.»

A lo cual replicó su camarada:

«no dé Vd. á Fermín crédito en nada.

Siempre ambustero fué: su fin es cierto,

pero de bróma está despues de muerto.»

Quien falte á la verdad con esto cuente:

dirá que hay Dios y le dirán que miente.

El viudo.

Suele amar la muger con gran ternura;
pero es siempre su amor de poca dura.
La firmeza al contrario, tiene un templo
en el alma del hombre: va de ejemplo.

Agonizando estaba
una muger á quien su esposo amaba,
no con amor vulgar, sino éstremado
y en un largo noviage acreditado,
en que hubo riñas, paz, extasis, celos,
paterna oposicion, rival y duelos,
parando al fin la baraunda toda,
en enfermar la pobre señorita
sin desechar las galas de la boda,
«nadie su fin evita»
dijo la moribunda á su consorte;
«mas ya que está mi muerte decretada,
hazme para que menos angustiada
nuestra fatal separacion soporte,
haz, Gabriel, á tu Inés el juramento
de no tratar segundo casamiento:
con esto en paz conseguiris que duerma.»
Juró Gabriel y se murió la enferma.
¡Cuál fué el dolor del viudo!
¡Jesus! dolor de codo y mas agudo,
canicular dolor, seco y sin llanto
sordo al consuelo, y como sordo, mudo.
Pero Inés falleció, y hay por lo tanto
un cuerpo que llevar al campo santó.
Para ello se amortaja
con el nupcial vestido á la difunta;
mas antes que la encierren en la caja,
viene á verla Gabriel. «¿Quién es?» pregunta
cuando la vé tan maja,
«quién es el que dispone de lo ageno,
y así me ocha á perder trage tan bueno?
Si mañana me caso por ventura,
¿no le vendrá muy bien á la futura?»
Con la pena tal vez el desdichado
no se acordaba ya de lo jurado,
ni al jurar conoció que era simpleza
primero no contar con su flaqueza.

Uno de Tantos.

Poderosos, venid: trazaros quiero
la historia de un ilustre caballero
que, inmensamente rico,
años contó noventa y pico.
Escuchad y aprended: la historia es esta.
Nació mi buen señor, ya se supone:
comió, bebió y murió... ¡Dios le perdone!
«¡Qué pérdida tan grave y tan funesta
si llega á fallecer niño de pecho
«persona de tantísimo provecho!»

E. HARTZENBUSCH.

Máximas y pensamientos.

Ni cuaja nunca la nieve sobre el fango, ni existe nada
que pueda lavar á un traidor.

El genio en las artes y las criadillas de tierra en los
campos, se eximen de las reglas del cultivo; son fáciles de
hallar, mas no así de reproducir.

El creso avaro que se crea pobre, en sueños, sueña que
no duerme.

Quien se confia á un hablador y presta á un pródigo,
suele hallarse en todas partes con su secreto, pero en nin-
guna con su dinero.

Siempre nos manifestamos muy reconocidos hácia los
favores que se nos van á dispensar.

En el amor mas puro existe siempre mas humo que lla-
ma viva.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO INSERTO EN EL NÚMERO ANTERIOR.

Sin saber el verdadero origen que pueda tener, cir-
cula entre el vulgo una especie de anécdota, acaecida en-
tre el rey don Felipe IV y uno de sus mas festivos poetas,
que por ser demasiado conocida, nos limitaremos á refe-
rir ligeramento, porque así conviene para la solucion del
geroglífico inserto en el número anterior.

Parece ser que al referido rey le hicieron un gran
presente en alhajas de oro y plata de muchísimo valor, lo
cual visto por Quevedo (que es el poeta de quien hemos
hecho mencion) esclamó: ¡Nadie se acuerda del pobre
Quevedo! Gustóte al rey sobre manera la insinuacion de
éste, y le concedió todo lo que del regalo pudiera nom-
brar en una cuarteta improvisada; habia entre otras cosas,
como imágenes, servicios de mesa, etc., unas antiparras, y
como Quevedo era corto de vista y las usaba de continuo por
necesidad, creyó oportuno llevarselas incluyéndolas en la
improvisacion y que al mismo tiempo le sirvieran para la
asonancia de la cuarteta; entonces con el mayor aplomo, y
mirando todo aquello que mas gracia le hacía, fué nom-
brando y componiendo á la par sus versos que resulta-
ron así:

Por ver Moisés á Dios,
Púsose las antiparras;
Purísima Concepcion,
Para mí son las cucharas.

Y así fué efectivamente que se las llevó, dejando al rey
celebrando la ocurrencia. Lo que de verdad pueda haber en
este cuento, no lo sabemos; solo sí, que es uoa de las mu-
chas vulgaridades que andan de boca en boca, y que ven-
gan bien, ó no, en siendo algo chistosas se atribuyen al mas
festivo de los poetas del siglo XVII.

QUESTIONES RECREATIVAS.

El interés con que son recibidos los geroglíficos que pu-
blicamos de tiempo en tiempo, nos ha hecho creer que
nuestros suscritores verian con gusto alternar con estos ju-
guetes, otros problemas sobre la historia, las ciencias, las
artes, etc., mas instructivos tal vez y no menos entreteni-
dos que los geroglíficos. A continuacion insertamos nues-
tras primeras cuestiones, cuya solucion daremos en el nú-
mero siguiente.

I. Determinar, por medio de la geometría, la posicion
mas ventajosa de los pies, para mantenerse derecho con
toda firmeza.

II. Distribuir entre tres personas veinte y seis toneles,
de los cuales siete estén llenos, siete vacíos y siete medio
llenos; de suerte que cada persona se lleve igual cantidad
de vino y de toneles.

III. ¿En qué ciudad de España se han llegado á ver tres
soles á la vez, en qué año y cómo?